

ANSELM GRÜN

EL CAMINO A TRAVÉS
DEL DESIERTO
40 DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2010

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

PRIMERA PARTE APOGTEMAS: DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

1. EL PECADO [APO 4]	17
2. LA SERENIDAD [APO 6]	19
3. LOS DESEOS DE LA CARNE [APO 103].....	21
4. EL EJERCICIO DE LA VIGILANCIA [APO 500].....	23
5. LA RENUNCIA [APO 505]	25
6. EL CONOCIMIENTO DE UNO MISMO [APO 510] ...	27
7. EL ORDEN EXTERIOR [APO 741]	29
8. EL CORAZÓN AMANTE [APO 771]	31
9. LA ORACIÓN PURIFICADORA [APO 1128]	33
10. LLEGAR A SER UNO MISMO [APO 385].....	35
11. LA MISERICORDIA [APO 597]	37
12. EL DIÁLOGO CON DIOS [APO 1764]	39
13. LA ANGUSTIA [BU II 190]	41
14. LA CONVERSIÓN [N 10]	43
15. LA CERCANÍA DE DIOS [N 377]	45

16. LA TENTACIÓN QUE ROBUSTECE [N 396]	47
17. LA PROTECCIÓN DEL MEDIO ESPIRITUAL [N 573].	49
18. LA ORACIÓN QUE ACOMPAÑA [BU II 192]	51
19. LA PATERNIDAD ESPIRITUAL [APO 639]	53
20. LA SUBDIVISIÓN DEL TRABAJO [APO 1151]	55

SEGUND PARTE
DICHOS DE EVAGRIO PÓNTICO

21. EL EXAMEN DE LOS PENSAMIENTOS [CARTA 11] .	59
22. EL DIÁLOGO DE LOS SENTIMIENTOS [TRATADO PRÁCTICO 27]	61
23. LA DISTINCIÓN DE LOS DEMONIOS [TRATADO PRÁCTICO 43]	63
24. EL ENCUENTRO CON LOS DEMONIOS [TRATADO PRÁCTICO 50]	65
25. LA CLARIDAD DEL CORAZÓN [TRATADO PRÁCTICO 83]	67
26. LAS TRES PARTES DEL ALMA [TRATADO PRÁCTICO 86]	69
27. EL LIBRO DE LA NATURALEZA [TRATADO PRÁCTICO 92]	71
28. LA RELACIÓN CON LAS PASIONES [ORACIÓN 4] ..	73
29. EL ÁNGEL DE LA SANACIÓN [ORACIÓN 16]	75
30. LA LIBERTAD INTERIOR [ORACIÓN 17]	77
31. UNA NUEVA RELACIÓN CON LOS DEMÁS [ORACIÓN 20]	79
32. LA OFRENDA MITIGADORA [ORACIÓN 21]	81
33. LA ACTITUD HACIA LAS OFENSAS [ORACIÓN 22] ..	83

34. EL ÁNGEL DE LA QUIETUD [ORACIÓN 30]	85
35. LA VOLUNTAD DE DIOS [ORACIÓN 34]	87
36. LA VERDAD DE LA VIDA [ORACIÓN 45]	89
37. EL SILENCIO PURO [ORACIÓN 69]	91
38. EL ÁNGEL DE LA CONFIANZA [ORACIÓN 80]	93
39. LA PAZ INTERIOR [ORACIÓN 122]	95
40. LA UNIÓN CON DIOS Y CON LOS DEMÁS [ORACIÓN 123 Y 125]	97
CONCLUSIÓN: LA VIDA QUE PROCEDE DEL DESIERTO . . .	99
GLOSARIO	103
BIBLIOGRAFÍA.	107

INTRODUCCIÓN

Entre los siglos III y VI d.C., innumerables monjes poblaron los desiertos de Siria y de Egipto. El desierto ejercía una fascinación singular sobre personas que querían emprender un camino espiritual. En aquella época, el desierto era considerado morada de los demonios. Los monjes querían derrotar las fuerzas de las tinieblas en su propio reino, para hacer brillar en él la luz de Cristo. Creían que a través de su ascesis el mundo podía devenir más luminoso e íntegro. Antonio fue el primero que se atrevió a adentrarse en el desierto, hacia el año 270 d.C. Le siguieron otras personas, para las cuales la Iglesia de masas se había vuelto demasiado «permisiva». Querían vivir las palabras de Jesús con la misma radicalidad con que se entendieron originariamente.

A primera vista, los antiguos monjes encarnan una espiritualidad que hoy nos resulta extraña. Pero si consideramos con mayor atención sus dichos, descubrimos que gozan de actualidad. Hablan por experiencia y no teorizan sobre la naturaleza del ser humano, sino que han experimentado en su cuerpo lo que significa ser personas, cómo es el itinerario hacia Dios, qué camino llega a la meta y cuál conduce al abismo. Por este motivo, multitudes de buscadores de consejo aflúan en aquella

época hasta los desiertos de Egipto desde Italia y Grecia para buscar a los «abba» –que fue el nombre que muy pronto recibieron los padres o patriarcas– y recibir de ellos orientación para la vida.

Las respuestas dadas por los monjes a las preguntas de sus visitantes fueron recogidas primero en forma de tradición oral y fueron reagrupadas finalmente en la colección de los *Apophthegmata Patrum*, los «dichos de los Padres». También hoy las palabras de los Padres del desierto nos llegan directamente al corazón. No se trata de discutir sobre ellas. Hay que afrontarlas. Nos tocan en lo más hondo del alma y percibimos: «Sí, ésta es la verdad. Así devenimos seres humanos. Así es Dios».

Las palabras de los Padres del desierto respiran sabiduría y benevolencia. En ellas no se moraliza, no se acusa con el índice levantado. Los monjes ven los peligros que amenazan al ser humano y, sin embargo, están llenos de optimismo. Creen que no estamos condenados sin más a repetir nuestro pasado o a sufrir durante toda nuestra existencia por causa de las heridas que nos han causado a lo largo de nuestra vida. Podemos trabajar sobre nosotros mismos. Podemos dejar atrás nuestro pasado y emprender el camino hacia Dios. Somos llamados a hacernos uno con Dios. Ésta es nuestra dignidad más alta.

No obstante, en este camino de unión con Dios encontramos nuestra propia verdad, que no siempre es agradable. Pero aun cuando los monjes hablen con gran realismo sobre los abismos del alma, se expresan, sin embargo, de un modo muy optimista sobre la fuerza que Dios ha dado al ser humano. No somos simplemente víctimas de la educación recibida, de la sociedad. Pode-

mos luchar para obtener la vida. Somos llamados a luchar por la vida. Y nuestra vocación es llegar a ser uno con Dios en la contemplación, a fundirnos con él en un éxtasis de amor.

El camino para devenir seres humanos y hacernos una sola cosa con Dios es apasionante. En este camino encontramos las simas de nuestra alma. Nada humano nos es ajeno. A lo largo de este camino no necesitamos sólo resistencia y el espíritu de Dios, sino también un gran sentido del humor. Necesitamos valor para bajar a lo profundo de nuestra humanidad. Debemos mirar sonrientes y serenos los numerosos intentos de fuga con los cuales desearíamos evitar al Señor. Pero podemos también estar seguros de que Dios nos acompaña siempre y en todas partes, también cuando huimos de su presencia. Él no nos abandona, no pierde nunca la paciencia para con nosotros. Por este motivo podemos partir de nuevo una y otra vez, para encontrarlo y para descubrir en su amor la vida que ha pensado para nosotros. Porque Dios es tan paciente con nosotros, también los Padres del desierto vuelven una y otra vez a reconducirnos con amor al camino que lleva hasta él.

Para la redacción de este libro he elegido veinte de entre los más de mil dichos de los Padres del desierto, que transparentan algunos elementos de la sabiduría de los primeros monjes y pueden ayudarnos en nuestro camino espiritual. En la segunda parte toma la palabra exclusivamente Evagrio Póntico. Evagrio es el autor espiritual más significativo del siglo IV. Era un griego con una extraordinaria preparación teológica, que vivió en la soledad del desierto su deseo de Dios, escrutando en los abismos de su alma. Se dio cuenta de que nadie

puede llegar a Dios por el camino espiritual si no se encuentra a sí mismo y descubre sin miramientos la realidad de su propia alma.

En su *Tratado práctico*, Evagrio describe nuestra existencia como lucha contra las pasiones. Confrontarse con los pensamientos y los sentimientos, con las necesidades y las pasiones del alma humana, es la premisa necesaria para alcanzar la paz interior, para encontrar la sanación del alma. Y la salud del alma es a su vez la premisa necesaria para descubrir el camino hacia la oración auténtica, para orar sin distracciones, para la contemplación en la que llegamos a ser uno con Dios. La meta de toda lucha y de toda búsqueda es para Evagrio la oración incesante, la oración en la que el monje es elevado y llega a entrar en Dios. Precisamente en este trascenderse a sí mismo y fundirse con Dios a través de la oración consiste para él la suprema dignidad humana. Evagrio desarrolló estos pensamientos en el libro titulado *La oración*. En este escrito fascinante percibimos el deseo que él tenía de Dios y su amor hacia Aquel que es el único que puede satisfacer nuestro deseo más profundo.

PRIMERA PARTE

APOTEGMAS:
DICHOS DE LOS PADRES
DEL DESIERTO

1

EL PECADO

El patriarca Antonio dijo al patriarca Poimén: «Ésta es la gran obra del ser humano: presentar ante el rostro de Dios su pecado y esperar la tentación hasta el último aliento».

– *Apo 4 [Alf, Antonio 4]*

Cuando los Padres del desierto piensan en Dios, se acuerdan al mismo tiempo de quiénes son en cuanto seres humanos. Su relación con Dios se caracteriza por la sinceridad y la apertura. Ante Dios reconocen quiénes son ellos mismos. No se detienen en lo que han alcanzado, sino que son conscientes de que a los ojos de Dios nunca llegan a realizar la imagen que él se ha hecho de ellos. Se mantienen vivos porque saben que se verán sometidos a la tentación hasta el último aliento. No se trata de una espiritualidad creadora de angustia y humillante, sino de una espiritualidad que mantiene a las personas en camino. Debemos seguir avanzando permanentemente y tener en cuenta que en todas nuestras acciones piadosas se puede colar siempre algo que puede alterar nuestra relación con Dios.

Hoy no suena muy atractivo pensar de inmediato en nuestros errores cuando hablamos de Dios. Con demasiada frecuencia se ha humillado a los seres humanos diciéndoles que debían sentirse pobres pecadores. Antonio habla con mucha sobriedad del pecado y de la tentación, que nos acompañan durante toda la vida. No siente

angustia ante ellos. Los presenta ante el Señor. No piensa obsesivamente en sus propias culpas, sino que mira al amor de Dios. No se juzga a sí mismo. Sus pecados se convierten más bien en la ocasión para dirigir la mirada a Dios. Sabe que es amado incondicionalmente por Dios. Pero también sabe que no puede retener la experiencia de este amor. En el instante siguiente se encontrará confrontándose con el vacío interior y la lejanía de Dios. En ese momento no se irritará por ello, sino que más bien, lleno de confianza, lo ofrecerá también a Dios. Éste es el camino de libertad del monje: ¡todo tiene derecho a existir! No nos condenamos por ningún pecado. Sencillamente, presentamos a Dios todo lo que hay en nosotros. De este modo nos transformamos y configuramos según la imagen que Dios desearía modelar en nosotros.